

¿EL DIABLO Y EL DEMONIO SON LO MISMO? ACLARACIONES PARA UNA CORRECTA COMPRENSIÓN

¿El diablo y el demonio son lo mismo?, El Liberal (1993), 7

La gente habla del "demonio" y del "diablo" indistintamente. Y no hace ninguna diferencia entre "posesión demoníaca" y "posesión diabólica". Se expresa como si "diablo" y "demonio" fuesen sinónimos. Y se imagina que ambas palabras designan la misma realidad: un ser personal, al que se le atribuyen poderes sobre las personas, capacidad para tentarlas, facultad para causarles enfermedades o incluso poseerlas.

Pero en los Evangelios no es así. Los evangelistas emplean estos términos con sumo cuidado y jamás como sinónimos. Siempre distinguen entre el mundo de los demonios y el Diablo¹.

Qué es un demonio

Para los Evangelios, la "posesión" es siempre "demoníaca". La persona está "endemoniada". Jamás se atribuye la posesión al Diablo. No existe un solo caso en todo el NT en el que se hable de "posesión diabólica".

La palabra "demonio" es de origen griego. Daimónion no es ni masculino ni femenino, sino neutro. No se trata, pues, de una persona, sino de una cosa. Además es un adjetivo sustantivado. Indica, por tanto, la personificación de una entidad abstracta. La mentalidad popular había creado este vocablo para designar poderes impersonales, potencias espirituales o fuerzas maléficas, capaces de entrar en las personas y provocarles enfermedades.

Lo que no se le atribuía al demonio

No todas las enfermedades se les atribuían a los demonios. Si la causa era "externa" y, por consiguiente, patente -una herida, una deformidad, el deterioro visible de un órgano o un miembro- la enfermedad no venía referida al demonio o a los malos espíritus. Así, por ej., en los Evangelios nunca a un leproso o a un ciego se le considera "endemoniado". Tampoco a los paralíticos, discapacitados físicos o contrahechos. Nunca se dice de ellos que estén "poseídos". Si no podían caminar (Mc 2,1) o mover la mano (Mt 12,9) o tenían una deformidad (Lc 14, 1), la causa estaba a la vista de todos. Y lo mismo cuando se trataba de hemorragias (Mc, 5,25) o de fiebre que obligaba a guardar cama (Mc 1,29).

Por los Evangelios se ve, pues, que la medicina de la época de Jesús distinguía claramente entre enfermedades "externas", cuya causa natural era percibida por los sentidos, e "internas", cuya causa la medicina desconocía.

¿Cuándo aparece el demonio?

Pero de repente se presentaba un hombre mudo. Podía comprobarse que su boca y su lengua estaban en perfectas condiciones. Y, sin embargo, no podía hablar. ¿Cómo era posible semejante anomalía? Sólo cabía una explicación: tenía un demonio (Mt 9,32). O aparecía un sordomudo. Externamente su aparato auditivo era como el de todo el mundo. Pero no oía ni hablaba (Mt 7,32). Explicación de la época: tiene un demonio (Mc 9,17-18).

Y lo mismo ocurría con el epiléptico. De repente se tiraba al suelo, echaba espumarajos, rechinaba los dientes y finalmente se quedaba tieso. Pero, como no podía señalarse ninguna causa externa que explicase el fenómeno se decía: tenía un demonio (Mt 17, 1420). Algo similar pasaba en los casos de locura. Externamente, el enfermo mental parecía en todo normal. Y sin embargo, su conducta era extraña y desconcertante. Para justificarla había que recurrir a fuerzas extrañas y desconocidas: los demonios.

Explicación "demoníaca" y medicina

Vemos, pues, que las limitaciones en los conocimientos médicos de entonces están en la raíz de la atribución a los demonios de enfermedades cuyas causas no eran directamente perceptibles por los sentidos. En el lenguaje corriente se supone que una persona está "poseída" cuando un ser personal se introduce en ella, la "posee" y le fuerza a hacer cosas contra su voluntad. Esto no lo encontramos en los Evangelios. En ellos siempre se trata de enfermedades para las que la medicina de la época no tenía respuesta.

La prueba de que los "endemoniados" de los Evangelios eran enfermos y no verdaderos "poseídos" nos la proporcionan los mismos Evangelios, que precisan el tipo de enfermedad que padecía el supuesto "poseído". Así, se dice que a Jesús le presentaron "un endemoniado mudo" (Mt 9,32), o sea, un mudo. O que Jesús expulsó "un espíritu sordo y mudo" (Mc 7,32), es decir, curó un sordomudo. O que, luego de curar al endemoniado de Gerasa, éste quedó "en su sano juicio" (Mc 5,16), con lo que se indica que antes estaba loco. Y en el caso del joven endemoniado acompañado por su padre (Mc 9,14-29), no sólo Mateo aclara que se trata de un "lunático", término médico técnico por el que se designaba entonces al epiléptico, sino que todos los síntomas que detalla Marcos (le tira al suelo, echa espumarajos...) corresponden exactamente a la epilepsia.

¿Juan y Jesús "endemoniados"?

En el lenguaje de la época, recibían el nombre de "endemoniados" los que actuaban extrañamente: hablaban u obraban de forma incomprensible. Los Evangelios se hacen eco de esa forma de hablar.

Así, del Bautista, "que no comía ni bebía", dijeron que "tenía un demonio dentro" (Mt 11,18). ¿Estaba "endemoniado" Juan en el sentido que hoy entendemos? Claro que no. Simplemente querían decir: "está loco". Y cuando Jesús afirma que quien haga caso de

su mensaje no sabrá lo que es morir, los judíos replicaron: "Ahora estamos seguros de que tienes un demonio" (Jn 8,52), o sea, de que estás loco. Y en el templo de Jerusalén, en un tenso debate, preguntó Jesús: "Por qué quieren matarme?". Y le contestaron: "Tienes un demonio", o sea, "estás loco"; "¿quién quiere matarte?" (Jn 7,20).

Que en tiempo de Jesús estar "endemoniado" era sinónimo de estar "loco", lo muestra claramente el texto de Jn 10,20, en el que, tras hablar Jesús del auténtico pastor que es él, muchos decían: "Está endemoniado y (por tanto) loco". La misma frase pone ambos términos como sinónimos, explicando el uno por el otro.

La distinción entre estos dos tipos de enfermedades -externas e internas-, unas atribuidas a causas naturales y otras a demonios, determina el hecho de que, cuando Jesús sana de las primeras, el Evangelio hable de "curaciones" y cuando sana de las segundas, hable de "expulsión de demonios".

¿Quién es el Diablo?

La palabra "Diablo" se usa para una realidad totalmente distinta. En el NT siempre aparece como sustantivo o nombre propio y, generalmente, con artículo determinado ("el" Diablo). Se trata de una palabra de origen griego (diábolos), que traduce el vocablo hebreo Satanás, que significa "el adversario", "el enemigo". Ambas palabras tienen, pues, el mismo significado.

El plural "diablos", que a veces usamos, es un error. Para la Biblia, sólo existe "un" Diablo, como no existe sino un solo "Satanás". En ninguna parte de la Biblia, y menos de los Evangelios, se dice de nadie que estuviese "poseído" por el Diablo o por Satanás. A él nunca se le atribuyen directamente ni las enfermedades ni las posesiones. El ámbito de su influencia no es físico, sino moral y psicológico. Queda relacionado exclusivamente con el pecado. Actúa siempre desde fuera, nunca desde dentro, como se suponía lo hacían los demonios.

Por esto vemos al Diablo tentando a Jesús en el desierto (Mt 4,1-11), inspirando la traición a Judas (Jn 13,2), sembrando cizaña (Mt 13,25), arrancando el mensaje del corazón (Lc 8,12), acechando a los cristianos (Ef 6,11), cortando el paso a Pablo (1 Ts 2,18) y persiguiendo a los cristianos (Ap. 2,10). Siempre aparece, pues, relacionado directamente con el pecado. Y por esto se afirma que "quien comete pecado es del Diablo" (1 Jn 3,8), que es "padre de la mentira" (Jn 8,44). Pero nunca se le presenta provocando directamente la enfermedad ni "poseyendo" a nadie.

Confusión peligrosa

Podemos, pues, afirmar que en la Biblia, el Diablo o Satanás, al aparecer siempre en singular, en masculino y con artículo determinado, se refiere a un ser personal e individual, un poder del mal único en su especie. En cambio "demonio", al ir sin artículo y ser de género neutro, no se refiere a algo personal. Las dos palabras no son sinónimas y no deben considerarse como equivalentes. Durante siglos la expresión bíblica "endemoniado" se ha tomado lamentablemente como equivalente de "poseído por el Diablo", cosa que los Evangelios jamás han afirmado.

La Biblia atribuye al Diablo sólo tentaciones -actos hostiles desde fuera-, pero no enfermedades o posesiones, que dañan a la persona desde dentro. Las enfermedades "internas", cuya causa no era perceptible por los sentidos, incluidos los desequilibrios psicológicos, se explicaban siempre como "posesión demoníaca".

Así se evitan algunos malos entendidos. De María Magdalena, por ej., se dice que de ella Jesús "había echado siete demonios" (Lc 8,2), pero no siete diablos. Se trataba, pues, de una persona muy enferma y no de una gran pecadora, como se suele suponer

¿Por qué Jesús no lo aclaró?

Si los "poseídos", a los que Jesús curaba, eran simples enfermos ¿por qué Jesús no sacó del error a la gente? ¿por qué no advertía que los llamados "endemoniados" no tenían ningún ser adentro, sino que padecían enfermedades cuyas causas se desconocían? ¿por qué se prestó a la pantomima de increpar a los espíritus y expulsarlos?

La misión de Jesús fue predicar el Evangelio, no enseñar medicina. En este sentido permaneció dentro de los límites de la concepción judía de su tiempo. Los presuntamente "poseídos" eran en realidad enfermos. Pero, dado que la gente explicaba aquellos trastornos y su curación mediante el lenguaje de "posesión" y "exorcismo", Jesús no tenía por qué hablar de una forma distinta. Y por esto cuando le traían algún enfermo, simplemente se preocupaba de él, pues su único objetivo era mostrar el poder y la bondad de Dios, su Padre, y no dar clases de psiquiatría.

Hoy sabemos que aquellos "endemoniados" en realidad eran enfermos con patologías internas, entonces desconocidas. Pero esto no disminuye el poder salvífico de Jesús, que queda patente de la misma manera.

¿Existen los demonios?

De acuerdo con nuestros actuales conocimientos bíblicos y científicos, no es posible seguir hablando de "posesión demoníaca". Este era el lenguaje del tiempo de Jesús. Hoy la medicina conoce las causas naturales de la sordomudez, de la epilepsia y de las distintas patologías psiquiátricas. No hay por qué recurrir a los demonios para explicarlas. En todo caso, no existe base bíblica para afirmar la posibilidad de las "posesiones".

Cierto que pueden existir dolencias extrañas y fenómenos paranormales. Pero no hace falta apelar al viejo recurso de los demonios del tiempo de Jesús. Basta saber que, con el tiempo, saldrá a luz su explicación, como hace ya la parapsicología con algunos fenómenos, como la levitación o la xenoglosia.

Actitud de la Iglesia

Hoy la Iglesia continúa hablando del Diablo, pero no del demonio en el sentido explicado. Sigue preocupada por las tentaciones. Pero ha ido abandonando el lenguaje de las posesiones.

En todos los documentos del Vaticano II sólo tres veces se menciona al demonio y siempre en pasajes bíblicos. El documento de Puebla no lo nombra ni una sola vez. El nuevo Código de Derecho canónico, antes más extenso, reduce el tema del exorcismo a un solo canon. Y el Nuevo Catecismo le dedica dos números.

Lo mismo ha ocurrido con la oración oficial de la Iglesia. En el antiguo ritual del bautismo se recitaban hasta siete exorcismos, por considerarse el bautismo como una batalla contra el demonio, que habitaba en el recién nacido. En 1969 se elaboró un nuevo ritual sin dichas oraciones. Tres años más tarde Pablo VI suprimió el orden de los exorcistas. Y en 1984 Juan Pablo publicó el nuevo Ritual Romano en el que se elimina definitivamente el rito del exorcismo.

En el siglo III la Iglesia preguntó a los científicos de la época por qué ciertas personas tenían comportamientos espantosamente extraños. Contestaron: "están poseídos". Y creó el rito del exorcismo. Hoy ante la misma pregunta la ciencia responde: "tienen patologías raras, cuyas causas ya se conocen, al menos en parte". Y ha suprimido el exorcismo.

Nadie puede introducirse por la fuerza en el interior del hombre. Sólo existe el Diablo, o sea, el mal, cuya acción se reduce, a lo sumo, a la tentación, a insinuaciones desviadas. Jamás lo logrará por la fuerza. Basta con que uno se mantenga firme para vencer el mal. Es más: aunque no siempre lo parezca, ya ha sido definitivamente vencido gracias a la presencia de Jesús en este mundo. Él lo dijo: "Ya veía yo que caería Satanás de lo alto como un rayo" (Lc 10,18).

Notas:

¹Este artículo aclara algunos aspectos de artículo de R. Schwager. ¿Quién o qué es el diablo? (ST n.º 130-140), sobre todo el uso bíblico de "demonio" y el sentido de la "posesión demoníaca". Respecto a la relación entre el "Diablo-Satán" y el mal, el artículo de Schwager aporta datos de interés y ofrece una interpretación posible de la presencia real del mal en el mundo. Ambos artículos se complementan. (Nota de la R.)

Condensó: ENRIQUE ROSELL